

QUE EL AMOR SEA LA ESTRELLA GUIA DE VUESTRA VIDA

por el presidente Gordon B. Hinckley
Primer Consejero de la Primera Presidencia



"En un mundo cambiante, [el amor] es una constante. Es la esencia misma del evangelio. Es la seguridad del hogar. Es la salvaguardia de la vida de la comunidad. Es un rayo de esperanza en un mundo de aflicción."

Hemos pasado una mañana espléndida en la que se ha hecho sentir el Espíritu del Señor. Ruego que su Espíritu siga acompañándonos.

Un distinguido clérigo protestante nos visitó el otro día, y, durante la conversación, me preguntó: "¿Qué piensa usted de los sucesos del mundo?"

Le conteste: "Me siento muy optimista. Lo que esta sucediendo en el mundo es saludable y bueno. Que hay guerras, si las hay. Que hay conflictos, sí los hay. Pero también hay mucha paz entre las naciones de la tierra. Algo de tremenda importancia esta ocurriendo tanto en la URSS como en la República Popular de China: hay mas libertad de expresión y de actividad. Comienza a haber mas accesibilidad. Percibo que el Espíritu de Cristo se cierne sobre las naciones de la tierra.

"Desde luego que hay problemas, muchos y serios; nos aflige la plaga de las drogas con sus penosas consecuencias; lamentamos el terrible flagelo de la pornografía; nos causan pesar el torrente de inmoralidad y el aborto; nos preocupa la epidemia de la infidelidad, del divorcio y de los hogares deshechos; nos perturba la difícil situación de los que no tienen hogar y el hambre extremo que se padece en muchas partes de la tierra.

"Pero lo notable es que muchas personas se interesan en ello. Creo que más que en cualquier otra época de la historia del mundo hay ahora hombres y mujeres por decenas de miles que están dando de sí y de sus bienes para ayudar a los afligidos. La ciencia y la medicina modernas están haciendo maravillas para aliviar el dolor y prolongar la vida. Hay mayor realización en la vida de millones de personas.

"Con respecto a nuestra propia obra, vale decir, la obra de esta Iglesia, me siento aun más optimista. Nos estamos fortaleciendo; confío en que nuestra gente este progresando y creo que así es. Hay mayor participación, mayor dedicación, mayor fidelidad."

Le conté que dos o tres semanas antes había estado yo en un área donde el porcentaje de miembros que asiste regularmente a las reuniones dominicales es del 70 al 75 por ciento. Eso me parece magnifico. En realidad, creo que es único en su genero. Esos no son barrios de estudiantes, sino de comunes y fieles Santos de los Ultimos Días.

Concluí diciéndole: "Repito, me siento optimista, con cautela, claro esta, por motivo del grado de maldad que hay en el mundo. Pero, basándome en lo que veo, el bien va ganando terreno y la obra del Señor va aumentando en fortaleza y poder."

Después que se fue, me quede reflexionando en lo que le había dicho. Recordé lo que sentí en enero cuando of al presidente Ronald Reagan dar su discurso de despedida a la nación. Habló de lo que había logrado durante los ocho años de su presidencia. Mientras él hablaba, me pregunte que habría ocurrido en la Iglesia durante esos ocho años de modo que les pedí a los que llevan nuestros registros que me dieran datos estadísticos. Creo que os interesaran algunos de ellos.

Sucede que durante esos mismos ocho años yo he servido como consejero de la Primera Presidencia y he tenido la oportunidad de ver el panorama entero de la Iglesia en todo el mundo en sus muchas actividades y ramificaciones. Notables sucesos han tenido lugar durante ese periodo de tiempo. En lo que digo no hay asomo de jactancia, ni me adjudico mérito alguno.

Ayer, el hermano Michael Watson, Secretario de la Primera Presidencia, presentó el informe estadístico anual de la Iglesia. Quisiera extenderme sobre eso unos momentos.

A principios de 1981, los miembros de la Iglesia eran cuatro millones seiscientos mil. A fines de 1988, habían llegado a seis millones setecientos veinte mil, o sea, un aumento de mas de dos millones desde el primero de enero de 1981 al primero de enero de 1989. El número de estacas aumentó durante ese tiempo desde mil doscientas dieciocho a mil setecientos siete, o sea, aproximadamente quinientas. El número de congregaciones aumentó de doce mil quinientas noventa y una a dieciséis mil quinientas cincuenta y ocho, o sea, aproximadamente cuatro mil barrios y ramas nuevos. El número de misiones aumentó de ciento ochenta y ocho a doscientas veintidós. El número de regiones, naciones y territorios en los que estamos laborando, creció de ochenta y tres a ciento veinticinco. El número de templos aumentó mas del doble: de diecinueve a cuarenta y uno.

Si bien esos son sólo datos estadísticos, detrás de ellos hay hombres, mujeres y niños. Hablamos de hijos e hijas de Dios a cuyas vidas ha llegado un mayor conocimiento y en cuyos corazones se alberga una fe más grande en las cosas de la eternidad. Ha habido igualmente un aumento de consagración y de dedicación.

A fines de 1988, había treinta y seis mil ciento treinta y dos misioneros en el campo misional y llamados. Había, asimismo, miles de voluntarios que servían en el programa de Historia Familiar, que trabajaban en diversas oficinas de la Iglesia y que enseñaban en nuestros seminarios. Las horas que todos ellos consagraron se traducen en decenas de millones de dólares.

La Iglesia sigue avanzando porque es verdadera; sigue creciendo porque hay un mayor amor por esa verdad; sigue creciendo por motivo del amor a Dios, el amor al Salvador, el amor a los semejantes y el espíritu fortalecedor del amor en los hogares de los miembros. Ese amor es la gran constante de toda nuestra obra; deriva de ese

amor que es divino: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Juan 3:16).

Deseo decir unas pocas palabras referentes a esa clase de amor, a esa constante virtud que nunca deja de ser y que tiene el poder de elevarnos por encima del mal y de los conflictos y los problemas del mundo.

Cuando yo era niño, pasábamos el verano en una granja; allá, en el campo, las noches eran oscuras, pues no había luz en las calles ni nada parecido. Mi hermano y yo dormíamos al aire libre. En las noches despejadas y la mayoría de las noches eran despejadas y la atmósfera diáfana- recostados de espaldas contemplábamos los millares de estrellas del cielo. Localizábamos algunas de las constelaciones y otras de las estrellas que veíamos ilustradas en una enciclopedia. Todas las noches señalábamos la Osa Mayor y la Osa Menor para encontrar la Estrella del Norte, y así llegamos a conocer la "constancia" de esa estrella. Al girar la Tierra, las demás estrellas aprecian cambiar de sitio a lo largo de la noche, pero la Estrella del Norte conservaba su posición alineada con el eje de la Tierra. Por eso se le llamó la Estrella Polar, o sea, Polaris o la Estrella de guía. A lo largo de los siglos, los navegantes se han valido de ella para guiarse en sus viajes; han podido calcular su posición por la constancia de la estrella, evitando así viajar en círculos y seguir el rumbo equivocado al surcar los grandes y desconocidos mares. Por aquellas observaciones de mi niñez, la Estrella Polar adquirió un significado para mí: era una constante en medio del cambio; siempre podía contar con ella, confiar en ella: un ancora en medio de lo que aprecia un cielo cambiante e inestable.

El amor es como la Estrella Polar. En un mundo cambiante, es una constante. Es la esencia misma del evangelio. Es la seguridad del hogar. Es la salvaguardia de la vida de la comunidad. Es un rayo de esperanza en un mundo de aflicción.

En 1984, participamos en los servicios dedicatorios del Templo de Sydney, Australia. Hubo muchos discursos, mucha música y muchas oraciones para empezar y terminar las diversas sesiones. No recuerdo mucho de lo que se dijo ni de lo que se cantó; pero nunca he olvidado las palabras de un hermano que ofreció una de las primeras oraciones. Dijo: "Padre Celestial, te damos gracias porque nos has amado". Esas palabras, entre las muchísimas que oí en aquella ocasión han quedado grabadas en mis recuerdos.

Nosotros no podemos comprender el amor de Dios. Él es nuestro Padre Eterno. Por amor a nosotros, Él nos ha dado un plan eterno, el cual, si lo seguimos, nos conducirá a la exaltación en su Reino. Por amor a nosotros, envió a su Primogénito al mundo, el cual, por su propio y divino amor, se dio a Sí mismo en sacrificio por todos nosotros. La suya fue una incomparable dádiva de amor a un mundo que en su mayoría le ha rechazado. Él es nuestro supremo ejemplo. Hagamos que el amor sea la estrella guía de nuestras vidas con la absoluta certeza de que, por motivo del amor de Dios nuestro Padre Eterno y de su Amado Hijo, nuestra salvación de las ligaduras de la muerte es segura y nuestra oportunidad de la exaltación eterna es cierta.

Hagamos que ese amor divino que se nos da irradie de nosotros hacia los demás hijos de nuestro Padre Celestial.

Al contemplar a las gentes del mundo, las grandes masas que sufren hambre y pobreza y las aflicciones constantes de las enfermedades, seamos generosos con lo que demos para ayudarles. Efectuamos una buena tarea en 1985 al realizar dos días de ayuno especiales. En una gran manifestación de amor, nuestra gente aportó en esos dos días mas de diez y medio millones de dólares para salvar de la muerte a innumerables personas que se morían de hambre. La Iglesia sigue adelante con ese plan, el "Fondo para salvar del hambre", al cual podemos aportar con el corazón lleno de amor con el fin de ayudar a los que no son de nuestra fe y que viven en la aflicción en muchas partes del mundo.

Por amor a los menos afortunados entre los nuestros, observemos la ley del ayuno, privándonos de un poco de alimentos, que no necesitamos, y dando el equivalente a estos en dinero, y aun más, para ayudar a los que se encuentran en apuros económicos.

Hagamos que el amor sea la estrella guía de nuestras vidas. De cierto somos un pueblo bendecido: bendecidos con las cosas buenas de la Tierra y con las cosas valiosísimas del Cielo. Tenemos el santo sacerdocio, cuyos poderes se extienden mas allá del velo de la muerte. En las casas sagradas que llamamos templos hay oportunidad de hacer por los demás lo que ellos no pueden hacer por sí mismos. Así como Cristo se ofreció a sí mismo como sacrificio por todo el género humano, del mismo modo podemos nosotros prestar servicio vicario por algunas personas, dándoles así la oportunidad de seguir adelante por la senda que conduce a la inmortalidad y la vida eterna. Grande es la obra de amor que se realiza en esas casas santas. Hay legiones de hombres y mujeres que, con toda abnegación, trabajan día y noche en esa obra que habla divinidad.

Hagamos que el amor sea la Estrella Polar de nuestras vidas al dar nuestra ayuda a los que la necesitan. Hay entre nosotros muchos que están enfermos y solos y si bien la medicina les brinda un alivio, las palabras bondadosas obraran milagros. Hay muchas personas que viven en difíciles circunstancias y que no pueden salir adelante. Hay buenos obispos y oficiales de la Sociedad de Socorro que les brindan su ayuda, pero estos no pueden hacerlo todo. Cada uno de nosotros tiene que estar "anhelosamente empeñado" en ayudar. Se dice que el Salvador "anduvo haciendo bienes" (Hechos 10:38).

Dijo Isaías:

"Fortaleced las manos cansadas, afirmad las rodillas endebles.

"Decid a los de corazón apocado: Esforzaos, no temáis; he aquí que vuestro Dios viene con retribución, con pago; Dios mismo vendrá, y os salvará." (Isaías 35:3-4.)

Dijo Miqueas:

"Oh hombre, el te ha declarado lo que es bueno, y que pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios." (Miqueas 6:8.)

Y la divina voz de la revelación dice:

"Por tanto, fortalece a tus hermanos en toda tu conducta, en todas tus oraciones, en todas tus exhortaciones y en todos tus hechos." (D. y C. 108:7.)

Esos son los mandatos de Dios Cesos y muchos masCde ayudar a los afligidos con una medida de ese amor que caracterizó la vida y las obras del Señor.

Hay también quienes viven atormentados por el odio y que atacan con pasión una y otra cosa, incluso la Iglesia; fabrican y esparcen viles falsedades tras las cuales no hay pizca de verdad. Eso no es nada nuevo, ya que ha habido personas en todas las épocas, incluso en la nuestra, que parecen estar poseídas de una enfermedad que se manifiesta así. Ante esas circunstancias, nos consuelan las palabras del Maestro: "Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo" (Mateo 5: 11).

Pensamos también en lo que se nos ha mandado por la revelación de los últimos días: "Yo, el Señor perdonare a quien sea mi voluntad perdonar, mas a vosotros os es requerido perdonar a todos los hombres" (D. y C. 64:10).

Recordamos a una persona de renombre, la que, cuando se le quitó de su cargo, dijo: "Quienes a usted le odien no ganaran a menos que usted les devuelva el odio . . . y entonces usted mismo se destruirá".

No siempre es fácil seguir la Estrella Polar del amor; ello requiere una disciplina que cuesta gran esfuerzo adquirir. Estimo que es el más difícil y a la vez el más importante de todos los mandamientos. Pero si se observa, se consigue una notable disciplina y un poder refinador que vale la pena experimentar, que tiene el sabor del grato amor puro de Cristo.

A vosotros, los que vivís en un hogar difícil, os sugiero que hagáis del amor la estrella guía de vuestra vida. Hay demasiados gritos, demasiadas recriminaciones, demasiadas lagrimas en casa de algunos de nuestra gente. El amor es el único remedio; es la base misma del matrimonio y puede alimentarse y fortalecerse o dejar de alimentarse y debilitarse. El remedio esta en nuestras propias manos. Maridos, refrenen su mal genio; esposas, refrenen la lengua; revivan el prodigioso sentimiento que los llevó al altar.

El amor es la esencia misma de la vida familiar. ¿Por qué los niños que amamos son tan a menudo el blanco de nuestras duras palabras?¿Por qué esos hijos que aman a sus padres hablan a estos con palabras mordaces e hirientes? "Y tristezas nunca hay" sólo "cuando hay amor".

La preeminencia del amor se describe en una de las epístolas de Pablo, donde dice:

"El amor nunca deja de ser; pero las profecías se acabaran, y cesaran las lenguas, y la ciencia acabara . . .

"Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor." (1 Corintios 13:8,13.)

Dirigiéndose a nosotros, en esta dispensación, el Señor ha dicho:

" . . . y fe, esperanza, caridad y amor, con la única mira de glorificar a Dios, [nos] califican para la obra." (D. y C. 4:5).

Pocos somos los que nos fijamos ya en la Estrella Polar. Vivimos en centros urbanos y las luces de la ciudad no nos dejan ver el asombroso firmamento; pero, como lo ha estado durante siglos, la Estrella Polar esta allí, en su lugar, sirviendo siempre de guía y de ancora. Igualmente es el amor, constante, invariable, "el amor puro de Cristo", como lo dijo Moroni, " . . . y permanece para siempre; y a quien lo posea en el postrer día, le irá bien" (Moroni 7:47).

Os dejo mi bendición y mi amor y ruego que haya paz tanto en vuestros corazones como en vuestros hogares, en el nombre de Aquel cuya vida fue la suprema ofrenda de amor a toda la humanidad, y que es el Señor Jesucristo. Amén.